

en vuestras almas y corazones de tal manera que nada ni nadie puede ahuyentarlo de tan sagrado domicilio.

“A ese espíritu genuinamente rosarista que vive en vosotros me dirijo hoy para pedirle que se reanime y brille con todo el esplendor y generosidad de que sois capaces, con todo el fervor y buena voluntad que hay en vosotros.

“Que este año, empezado con muchas demoras y ensombrecido por este dolor que estamos sufriendo, sea el más fecundo en frutos de sabiduría y el más consolador porque en cada uno de vosotros van a convertirse en realidad estas íntimas esperanzas con que ya os miro como ‘ilustradores de la República’.

“Y que en el cielo, ante la perdurable *Bordadita*, interceda por nosotros el alma santa y heroica del que fue nuestro Vicerrector, del que venero como a justo y admiro como apóstol, del que se fue con Dios para proseguir en la gloria la obra que dejó comenzada en la tierra.

J. V. CASTRO SILVA,
Rector.”

La Iglesia y la civilización contemporánea

*Discurso de ingreso a la Academia Colombiana de Jurisprudencia
de Monseñor López y Lleras.*

Excelentísimos señores, señor Presidente de la A. C. de J., señores Académicos,
señoras, señores:

Tan desproporcionada es la honra que habéis querido hacerme, señores académicos, al llamarme a ocupar un puesto entre vosotros, y no un puesto cualquiera, sino el sillón que tan dignamente y con tal acopio de merecimientos ocupara mi amigo del alma, el presbítero doctor don José Alejandro Bermúdez, que no podría decir en este instante cuál es el sentimiento que me embarga, si el de la gratitud por vuestra benevolencia; o el de confusión al contemplar la exigüidad y pobreza de mi bagaje científico para alternar con quienes ostentan equipajes tan suntuosos como los vuestros; si el de la satisfacción y regocijo por darme la oportunidad, no de hacer el adecuado elogio, que a tanto no alcanzan mis menguadas fuerzas, sino de dar público testimonio de veneración y de cariño por mi ilustre antecesor en el sillón académico; o el de bochorno al sentarme en el sitio que cualquiera de mis colegas en el Instituto de Derecho Canónico ocuparía con mayores derechos y mejores títulos que yo. Tranquilízame y reconfortame únicamente el pensamiento de que al llamarme a esta docta Academia sólo habéis querido dar una muestra de vuestra simpatía por esa rama del Derecho, tan olvidada entre nosotros, como lo ha sido el Derecho Canónico; y que al elegir al canonista que habrá de reemplazar al desaparecido os habéis fijado no en el que más lo merecía, sino en el que más fácilmente encontró vuestra mirada, por estar colocado en ese sitio tan eminente como desproporcionado que hoy ocupo por voluntad de

la Universidad Nacional. Recibo, pues, tranquilo, el galardón que me ofrecéis esta noche, no para mí, sino para el Instituto que presido.

Quiere la costumbre académica que el nuevo miembro haga el elogio de su predecesor antes de abordar el tema que ha de desarrollar en su discurso. Ya he dicho que semejante tarea sería superior a mis fuerzas: por eso me limitaré a hacer ver someramente cómo José Alejandro Bermúdez supo desempeñar su papel de sacerdote de esa Iglesia que ha sido el baluarte de la civilización contemporánea, como me propongo demostrarlo en esta noche, con el fin de que la importancia del tema, como diría el ilustre marqués de Valdegamas, "os fuerce a apartar de mí los ojos para ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza".

El doctor José Alejandro Bermúdez, efectivamente, fue el prototipo del sacerdote que consagró su vida al nobilísimo apostolado de la enseñanza. Y no de una enseñanza cualquiera, sino de esa alta y fecunda que consiste en predicar tanto con el ejemplo como con la palabra, la devoción y el culto a esas dos bases fundamentales de la civilización occidental: la democracia y la cultura.

Descendiente de linajudo abolengo, favorecido por Dios no sólo con bienes de fortuna, sino con esa otra riqueza espiritual que vale más que la aristocracia del dinero, con una inteligencia clara y despejada que le permitió asimilar un gran caudal de conocimientos, y con un carácter bondadoso y sencillo, que le ganaba desde el primer momento la simpatía de cuantos le trataban, lejos de envanecerse con esas dotes privilegiadas, para aislarse en las alturas de su grandeza, su amor a la verdadera democracia, su culto por la libertad, la igualdad y la fraternidad cristianas, su vocación al magisterio y su respeto por la conciencia ajena, lo llevaban a buscar la amistad de sus discípulos y a transmitirles sus ideas, no con el dogmatismo del *dómine* que trata de inculcar su propio criterio, sino con el suave convencimiento del amigo que expone su modo de pensar y las razones que le sirven de fundamento.

El canónigo Bermúdez, en una palabra, fue un sacerdote consciente de su misión altísima, un apóstol de esa Iglesia a la que Cristo confiara la transformación del mundo, la conquista de las almas, no por medio de la violencia, que sólo alcanza a dominar el cuerpo, sino por medio de la idea, que atravesando la envoltura de

la materia, ilumina la inteligencia; por medio de la caridad, que mueve la voluntad y avasalla el espíritu.

Por eso su labor fue eminentemente pedagógica: profesor de diversas asignaturas de la enseñanza secundaria, fundador del Colegio Antonio Nariño, en el cual derramó todos los tesoros de su alma generosa y apostólica, Decano de la Facultad de Derecho de nuestra Universidad Nacional, en la que regentó dos cátedras de la importancia y trascendencia del Derecho Canónico y la Filosofía del Derecho, dictando aquellas lecciones inolvidables para los que fuisteis sus discípulos, porque tenía el dón propio de todo maestro en el verdadero sentido del vocablo, no sólo de enseñar con amenidad que despierte el interés por la asignatura, sino de formar el criterio, de transmitir en sus enseñanzas su fervor por la religión, su amor por la República, su adhesión a la democracia, su respeto por la verdad y la justicia.

Ahí tenéis por qué no vacilo en proclamarlo digno representante de esa Iglesia creadora, en su labor dos veces milenaria, de la civilización contemporánea, como voy a probarlo.

*
* *

La civilización de nuestros días, está edificada sobre dos sólidos cimientos que la especifican y la caracterizan: la democracia y la cultura. La democracia, es decir, la posibilidad de que cualquier ciudadano que lo merezca, pueda encumbrarse a las más altas eminencias; y la cultura, o sea la divulgación, la tutela, el enriquecimiento, el progreso de las ciencias y de las artes.

La democracia, simbiosis admirable de esas tres nociones desconocidas para el mundo antiguo, la libertad, la igualdad y la fraternidad, que si bien inscribió su partida de bautismo en los anales sangrientos de la Revolución de 1789, lo hizo cuando ya tenía dieciocho siglos de existencia, como que esos tres conceptos que la vivifican fueron frutos maduros del Arbol de la Vida que se levantó en el Calvario. Porque no puede aceptarse, como lo ha escrito un escritor moderno, que la Asamblea Constituyente fuese el Sinaí donde se proclamaron los derechos del hombre: esos derechos fueron promulgados en aquella ley que se llama el Evangelio, sancionada en la cumbre del Gólgota con la sangre de un Dios que fue al mismo tiempo el Hombre por excelencia. La libertad, la igualdad y la fra-

ternidad no pudieron ser engendradas por la violencia fratricida: son hijas legítimas de esa caridad en que se funda la paz que el Verbo de Dios trajo a la tierra para los hombres de buena voluntad.

Esas tres palabras que constituyen la esencia y el basamento de la democracia, libertad, igualdad, fraternidad, son palabras correlativas: si el hombre nace libre, es porque todos los hombres son iguales, porque ninguno es superior a él para esclavizarlo. Y si todos los hombres somos iguales, es porque todos somos hermanos, como hijos del mismo Padre Universal que está en los cielos. Idea netamente evangélica, enseñada por Jesucristo, el Primogénito de ese Padre, el hermano mayor de toda la familia humana, creador de la fraternidad universal, hasta entonces ignorada entre los hombres, que nos iguala a todos y a todos nos hace libres.

Las antiguas sociedades negaban la igualdad humana: eran monstruoso hacinamiento de hombres, donde sólo una exigua minoría monopolizaba el derecho a ser *persona*, donde las muchedumbres nunca podían pasar de ser *cosas*, donde la casta abría barreras infranqueables desde la cuna, suponiendo a los seres humanos de distinto origen. Así vemos que en la India de los Brahmanes, la casta de los sacerdotes procedía de la cabeza de Brahma, dios supremo; la de los guerreros, de sus brazos; la de los comerciantes, de sus muslos; la de los artesanos, de sus pies; mientras que los parias, los sudras, no procedían de la divinidad: se tenían por amasados con el polvo que levantaba Brahma en su camino. Castas que, más o menos definidas, con este u otro nombre, se encuentran a la sombra de las Pirámides, y al pie del Olimpo y hasta en la misma Roma, donde patricios y plebeyos no podían unirse en matrimonio. Castas por todas partes arraigadas en los siglos y consagradas por las religiones.

Y el cristianismo, al aparecer en la tierra, proclama la identidad de origen de todos los hombres, como descendientes de un Padre; y la identidad de sus destinos, como dueños de un alma libre e inmortal llamada a reinar eternamente en el cielo; y la identidad de los medios para conseguir este fin, como participantes, sin excepción, de los mismos sacramentos. Por eso ante la religión católica, que proclama la fraternidad humana, la igualdad de todos, la libertad del hombre, no hay diferencia entre el judío y el gentil, entre el siervo y el libre; ante la religión católica no existen la aris-

tocracia de la cuna, ni la de la riqueza, ni la del pensamiento, sino sólo la aristocracia del corazón, la aristocracia de la bondad, la aristocracia de las virtudes. Por eso en la religión católica no se justifican los odios de partido, ni mucho menos la lucha de clases: la caridad, vínculo de fraternidad, impone el respeto a la dignidad de la persona humana y garantiza la libertad del pensamiento, como excluye la violencia que infringe la igualdad y pretende imponer la tiranía del más fuerte.

Por eso la Iglesia combatió siempre y combate en nuestros días toda esclavitud. Por eso la Iglesia, para libertar a los esclavos, a los pobres, a los oprimidos, a los seres que se consideraban envilecidos por el trabajo, ennobleció éste con el ejemplo de su Fundador, pobre y obrero, que ganó el pan de cada día con el sudor de su frente.

Porque las religiones anteriores al cristianismo habían olvidado que el trabajo es ley perfecta de los seres y que, aun antes del pecado, nuestros primeros padres estuvieron sujetos a esa ley que perfecciona y ennoblece. Después de éste, Dios no quitó al trabajo su condición primera, sino sólo le añadió el esfuerzo, la fatiga, convirtiéndolo en instrumento expiatorio, para que fuera a un mismo tiempo perfección de nuestro ser y expiación de nuestra culpa, mezcla confusa de placer y de dolor, de grandeza y de miseria, de espontaneidad que halaga y de esfuerzo que repugna.

Y porque tuvieron este olvido, las antiguas sociedades llevaban corroídas sus entrañas por el cáncer de la esclavitud, y sus hombres más eminentes, Platón, Xenofonte, Aristóteles, Séneca, Cicerón, consideraban el trabajo como señal de degradación y de miseria. Por este olvido, la antigüedad reservaba el placer, el goce indolente, a los poderosos, a los magnates, y el trabajo, el esfuerzo, a los menesterosos, a los humildes. Por este olvido, los esclavos estaban reducidos a condición tan humillante como no alcanza a imaginarlo la cristiana fantasía; y eran los parias de peor condición que nuestras bestias en la India; y a los ilotas se les exterminaba como fieras peligrosas en Esparta; y en Persia la sangre de los esclavos se derramaba a torrentes en los altares de sus deidades; y servían de animales de carga en la industriosa Fenicia y en la opulenta Cartago; y hasta en Roma, en la ciudad creadora del Derecho, eran seres abyectos, sin personalidad, sin derecho de ninguna especie —*servile*

caput nullum ius habet—, sin nombre, sin que pudiesen constituir una familia, asimilados en los contratos y en las leyes, máquinas de trabajo y de placer que podían destruir a su arbitrio los poderosos, sobre los cuales restallaba sin cesar el infamante látigo de la tiranía.

La religión católica enseña al mundo lo que el hombre, como hombre, es decir, como hijo de Dios y hermano de los demás hombres, significa y vale, concediendo iguales derechos a siervos y a señores. Todos participan de los mismos sacramentos; todos tienen opción a las mismas dignidades eclesiásticas, aun a la mitra del obispo, aun a la tiara del pontífice, que un día se ciñe un pastor de cerdos que se llama en la historia Sixto V; todos son inhumados en idénticos cementerios; todos se congregan en los ágapes fraternales donde el amo y el esclavo, el harapo y la púrpura se confunden por primera vez en la fracción del pan.

Este espíritu de igualdad, fruto de la fraternidad cristiana, llamado a ser el sólido cimiento de la libertad humana, trascendió, como era natural, primero a las costumbres y a las leyes luégo: multiplicáronse las manumisiones; el trabajo dejó de ser signo de infamia, para convertirse en ejecutoria de nobleza, en timbre de gloria; y el Derecho Romano, este mismo Derecho que considerara a los siervos como cosas, llegó con Constantino a declarar culpable de homicidio al señor que diera muerte a un esclavo, y en la Instituta de Justiniano, que principia invocando el nombre de Jesucristo, a proclamar la igualdad de todos los hombres libres ante la ley: primera de las batallas por la libertad que ganara la Iglesia.

Ardua era la campaña: campaña de siglos. Pero la Iglesia, con esa paciente constancia que demuestra su eternidad, no vaciló en emprenderla y proseguirla al través de las edades y a pesar de las adversidades y contratiempos que habría de encontrar en su camino. Así la vemos, a raíz de la invasión germana, dulcificando con el espíritu de su caridad la rudeza y la violencia de las costumbres bárbaras, hasta lograr ir modelando las nuevas sociedades, transformando del siglo VIII hasta el XII a los esclavos en siervos, a los siervos en colonos, a los colonos en propietarios, a los propietarios en burgueses, y a los burgueses en ese Tercer Estado que, desde el siglo XVIII, rompe las cadenas de la tiranía y proclama en las constituciones de los pueblos esos derechos del hombre que durante mil ochocientos años había venido defendiendo la Iglesia.

Y cuando en el siglo XV la agonizante esclavitud trata de cobrar nueva vida con el pretexto de favorecer a los indígenas del Nuevo Mundo recién descubierto, saltan a la palestra, para combatirla, los Romanos Pontífices, con las admirables Bulas de Pío II, Pablo III, Urbano VIII, Benedicto XIV y Gregorio XVI, hasta que León XIII le da el golpe de gracia con su grandiosa Epístola a los Obispos del Brasil en 1888.

¿Quién podría decir entonces que ese triunfo de la civilización cristiana, que ese triunfo que pareció consolidado para siempre, hasta el punto de no poder imaginarse que en los tiempos futuros pudiera haber quien no considerase la esclavitud como un resto del salvajismo de la infancia del linaje humano, quién podría decir que en este siglo XX la civilización occidental, que parecía tan floreciente, recibiese el rudo golpe de ver resucitar institución tan degradante en la Alemania de Hitler y en la Rusia Soviética? ¿Cuál es la causa de este fenómeno desconcertante, de esta regresión a la barbarie primitiva? Nadie ignora, señores, que para lograrlo, alemanes y rusos principiaron por apagar en sus pueblos la antorcha evangélica de la caridad cristiana.

Otro paso de la Iglesia en su secular campaña por la verdadera democracia, por la libertad del hombre, fue la redención de la eterna esclava de la historia, la redención de la mujer, al crear la familia cristiana. Porque sólo en el cristianismo la mujer adquiere la categoría que le corresponde, la que Dios quiso darle en el Paraíso, de compañera del hombre. Ni en la religión de Zoroastro, ni en la de los pueblos amarillos, ni en el Código de Manú, a pesar de que los matrimonios fueron siempre una ceremonia religiosa, corresponde a la mujer su verdadera categoría: siempre fue considerada como esclava. ¿Y qué decir de la culta Atenas, donde se encuentra el Gineceo; ni de Esparta, que más que ciudad parece un campamento; ni siquiera de la religión del pueblo escogido, cuyas leyes admiten el libelo de repudio y la concubina; ni de Roma, donde la mujer está sometida, como el niño, a la tiranía despótica del "paterfamilias"; ni menos entre los secuaces del Profeta que denigran a la mujer hasta hacerla instrumento del placer con su serrallo? Sólo la religión católica lleva a cabo la manumisión de la mujer, cuya dignidad es incompatible con la corrupción y la licencia. En ella la poligamia está proscrita: la mujer se une al hombre,

no con férrea cadena de esclavitud, sino con coyunda que el amor ata; su matrimonio es un sacramento cuyo vínculo indisoluble es el triunfo de los derechos y de la justicia de la mujer sobre el egoísmo y las conveniencias del hombre. En el cristianismo, la mujer deja de ser una esclava para volver a ser, como lo instituyera Dios al principio de los tiempos, la compañera del hombre, su consorte, su cónyuge, es decir, algo que le está íntimamente unido que comparte su suerte, infeliz o venturosa, como que ambos van unidos al mismo yugo de deberes y sacrificios, de consuelos y alegrías, apoyándose mutuamente en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la abundancia, en los regocijos y en los quebrantos, en la próspera como en la adversa fortuna, hasta que la muerte los separe, para ser así unidos los legítimos colaboradores de Dios en la obra divina de propagar la vida y en la obra humana de conservar la especie. La mujer cristiana deja de ser la sierva del serrallo para convertirse en reina y señora del hogar doméstico, en madre de la familia, en educadora de los hijos, en verdadera compañera, socia del marido, con quien comparte derechos, obligaciones y ganancias en la sociedad conyugal.

Si esta reforma del Derecho contemporáneo no fuera título suficiente para demostrar la influencia decisiva del cristianismo en la civilización occidental, nos quedan otras dos influencias radicales del catolicismo en las disciplinas jurídicas, que ponen de manifiesto nuestro aserto: la reforma del Derecho político, al libertar a la sociedad del cesarismo, y la creación del Derecho internacional.

Efectivamente, antes de la enseñanza cristiana que mandó dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, vemos en todas partes el lamentable y funesto maridaje de la potestad civil con la religiosa: así en los pueblos asiáticos como en el de los Faraones, así en el Anficionado griego como en la Lex Regia de Roma, el Pontífice y el Soberano son una misma persona. El catolicismo, que de este modo dignifica la obediencia, proclama al mismo tiempo la independencia de las dos potestades, la religiosa y la civil, dejando al príncipe el señorío de los asuntos temporales y al sacerdote el dominio sobre los asuntos espirituales y las verdades eternas; de tal suerte que la Iglesia no quede sometida al Estado ni mucho menos a las veleidades de un partido político; y enseña al mundo que la justicia no emana de la voluntad del gobernante, que no se

han hecho los pueblos para los reyes, sino los reyes para los pueblos; y que, por alto que esté el trono, están más altos todavía el derecho y la justicia y más alto aún, infinitamente más alto, el trono de Dios, que con las misma rasante igualitaria ha de medir a los vasallos y a los reyes. El catolicismo, señores, en esa lucha titánica de veinte siglos contra la tiranía, parecía ya haber sepultado para siempre el cadáver del despotismo, que hoy, para castigo de nuestras culpas ha tratado de salir de su tumba, como los fantasmas de las leyendas escocesas, para asustar al mundo con el espectro de la violencia totalitaria, que extiende sus garras amenazantes sobre la civilización contemporánea.

No menor es el otro triunfo de la Iglesia: la creación del Derecho internacional, que completa la reforma del Derecho político.

Cuando cayó Roma y las hordas germanas destruyeron el Imperio de los Césares, y sobre las ruinas de ese Imperio construyeron con sus despojos las diversas nacionalidades de Europa, la Iglesia, que había trocado la violencia de los conquistadores por la caridad evangélica que engendra en sus entrañas la justicia y la paz, la Iglesia que enseñó a esos pueblos salvajes a doblar la rodilla ante el Crucificado, confederó las naciones recién nacidas con el vínculo de la fraternidad universal, creando para prevenir la guerra y precaver sus injusticias y sus crueldades ese Derecho internacional que sostuvo la fuerza de la razón sobre la razón de la fuerza y que proclamó como supremo tribunal de arbitraje la Cátedra de Pedro, ante la cual dirimieran sus querellas las naciones y encontraran los pueblos la verdadera justicia.

Y desde cuando cesó esta decisiva influencia de la religión en las relaciones internacionales, es decir, desde el Tratado de Westfalia, ese derecho, de origen netamente eclesiástico, se fue prostituyendo hasta convertirse en histriónica careta de los fuertes para oprimir a los débiles. Si queréis pruebas de mi aserto, volved los ojos a la Suprema Corte de La Haya o a la Sociedad de las Naciones, a tantos Congresos internacionales, a todos los organismos que han inventado los hombres con prescindencia de la Iglesia para consolidar la paz.

Ese mismo fenómeno que observamos en las relaciones de los pueblos al debilitarse la influencia eclesiástica en el Derecho internacional, lo observamos también en las relaciones de los hombres,

cuando en las sociedades se deja apagar la luminosa antorcha religiosa. Tal es el origen del problema social que hoy tiene en trances de agonía a la civilización occidental descristianizada.

El falso concepto de la personalidad humana, que aun cuando conserva de nombre, niega de hecho la fraternidad, la libertad y la igualdad que el catolicismo enseñara al linaje humano, ha engendrado el problema social de nuestros días.

Al individualismo cristiano se opuso primero el individualismo racionalista, preparado en el orden religioso por Lutero, en el orden filosófico por Voltaire y los enciclopedistas, en el orden político por Rousseau, en el orden económico por Adam Smith y los fisiócratas.

De ese falso concepto de la personalidad humana surgió, como reacción del individualismo egoísta, el socialismo que con Marx y Bebel negó a Dios y la ley divina, pero dejó en pie la autoridad y las leyes humanas. De este otro falso concepto surgió el anarquismo, más lógico que sus predecesores, al proclamar que si no hay Dios no tiene por qué haber autoridad que mande, ni ley que esclavice al que nace libre. Y como satánico engendro de estas dos tendencias, vino luego el comunismo ruso, que con Lenin y Trotsky y Stalin hicieron tabla rasa de todos los derechos y todas las instituciones; de la propiedad, de la familia, de la libertad, de la fraternidad, de la caridad, para levantar sobre los escombros del mundo cristiano ese nuevo mundo de barbarie, de sangre, de esclavitud y de violencia que, como las hordas salvajes de sus antepasados asiáticos, amenaza desbordarse sobre lo que aún queda en pie de esa civilización occidental que justamente merece el nombre de civilización cristiana.

Hasta aquí hemos visto lo que ha hecho la Iglesia en veinte siglos por las instituciones democráticas, base y fundamento de la civilización de nuestros tiempos. Veamos ahora lo que hizo por la cultura: por la conservación, la difusión y el progreso de las ciencias y las artes.

La democratización de la cultura, esto es, la difusión de las ciencias y de las artes para que sin estancarse en las altas esferas sociales, formando una verdadera aristocracia de la inteligencia se ponga al alcance del pueblo, de tal suerte que aun los desheredados de la fortuna puedan abreviar su sed de conocimientos y de deleites espirituales en las fuentes no selladas de la sabiduría y del arte, es también obra esencialmente eclesiástica.

Porque el decantado saber del sacerdocio egipcio fue siempre esotérico; jamás salió de los reducidos límites de sus templos famosos. En Grecia y Roma la verdad se conservaba en escuelas constituidas por escépticos, por filósofos que tenían para con los dioses del politeísmo la carcajada mofadora en los labios. ¿Y qué podría deberles nuestra civilización contemporánea a las religiones asiáticas, saturadas de inercia, fatalismo y atraso, fuera de algunos pequeños adelantos industriales, de algunas ideas de justicia y de un arte más original que expresivo? Ni cabe la excepción del mahometanismo, porque si bien es cierto que el pueblo musulmán, artista y soñador, supo en ocasiones convertir en piedra los ensueños de su fantasía, plasmándolos en la mezquita de Amrú y en la Alhambra de Granada; si bien es cierto que a veces supo convertir la corte de sus príncipes en academia donde resonaba sin cesar la guzla del músico acompañado de las *kasidas* del poeta, no lo es menos que el Corán es contrario a toda cultura científica y que con la prohibición de las imágenes impide el desenvolvimiento de las artes. Sabios tuvo el Islam, como un Abenmasar, un Averroes y un Maimónides; pero estos sabios fueron excepciones, pues los muslines por lo general fueron sólo copistas, reproductores, que con una mano tomaron la medicina galénica para entregarla con la otra a la escuela de Salerno, que sirvieron de puente a la geometría griega para llegar hasta los matemáticos del Renacimiento, que injertaron con sus traducciones y comentarios la filosofía helénica y oriental en la civilización de la Edad Media. Pero ésta no fue obra de la religión mahometana, ni mucho menos obra del pueblo, sino de unos pocos científicos racionalistas y heterodoxos, perseguidos por su religión con los nombres de *motáziles* y *batintes*, por romper la cadena de absurdos con que ataba su inteligencia, para poder avanzar, sin traba y sin obstáculos, por el sendero luminoso de la verdad.

Contemplad, en cambio, la ciencia mecida en su cuna y llevada de la mano por el catolicismo al través de la historia, no para encerrarla en una arca hermética, como patrimonio de unos pocos privilegiados, sino para ponerla al alcance de las muchedumbres.

Antes del cristianismo, como ya lo he dicho, la ciencia fue patrimonio de unos pocos escogidos, pero nunca llegó hasta el pueblo. En la India, en la Caldea, en la patria de la Academia y el Pórtico en Roma, síntesis de la antigüedad y señora del mundo, existían

ciertamente escuelas, pero escuelas donde se educaban aristocracias intelectuales a cuyas puertas llamaban en vano las multitudes. La primera cátedra que invitara a la humanidad entera por auditorio, a ricos y a pobres, a nobles y plebeyos, a doctos y a analfabetas, a judíos y a infieles, fue levantada por Jesucristo al confiarle a su Iglesia la misión docente: "Id y enseñad a todas las gentes." Por eso desde el día de Pentecostés, cuando el Espíritu dio vida al cuerpo de la Iglesia, cada templo, cada caverna de las catacumbas, ya la humilde choza del misionero, ya la suntuosa catedral gótica o basilica romana, fue una escuela gratuita donde se han venido enseñando, sin distinción, las mismas verdades a grandes y a pequeños.

Para impulsar la ciencia no se limitó la Iglesia a instruir a las muchedumbres, sino que, separando el oro de la escoria, recogió las verdades que encerraba la filosofía griega y llamó a su seno a los hombres más ilustres del imperio romano, y los encumbró, para que más fulgiera su saber, a los puestos más altos de la jerarquía eclesiástica. Con lo cual contempló el mundo un espectáculo hasta entonces desconocido: mientras el imperio agonizaba por falta de hombres, en la naciente sociedad cristiana florecían la Legislación, el Arte, la Literatura; tronaba la voz de Tertuliano en contra de los perseguidores, con rugido de león en el desierto; pulverizaba Orígenes las acusaciones de los sofistas con la irresistible clava de su dialéctica; resucitaban en San Basilio los primores y hechizos del genio helénico; revivía en el Crisóstomo la soberana elocuencia de Demóstenes; y, coronando tantas grandezas, cuando los bárbaros se precipitaban sobre Roma, como aves de rapiña sobre un cadáver, la colosal figura de San Agustín, compendio de todos los tesoros de la ciencia, abillantados con todos los resplandores de la fe, se erguía sobre los escombros humeantes del imperio, enseñando al mundo que, sobre esta ciudad terrestre y transitoria, por donde cruzan, como sombras de un día, pueblos y razas, leyes e instituciones, púrpuras y harapos, se levanta excelsa, triunfadora, *La ciudad de Dios*, única de donde son verdaderos ciudadanos los hombres, como poseedores de un alma inmortal.

Con la caída del imperio romano, la antorcha de la ciencia palidece, llega casi a apagarse, y sin embargo no se extingue, porque la conserva la perenne vestal del pensamiento humano, la Iglesia católica. Durante la larga noche de tres siglos, desde el sexto hasta

el octavo, Irlanda, España, Italia, Inglaterra, contemplan sucesivamente sus tibios resplandores: de mano en mano, como los fotoros griegos, van transmitiéndose a Boecio, llamado "el último de los romanos", y Casiodoro, el Boecio de los bárbaros, y San Isidoro de Sevilla, y San Beda el Venerable, hasta que, llevada por Alcuino, llega a la corte de Carlomagno y se fija luego definitivamente en los monasterios.

Marcan los monasterios en Europa la aurora que sigue a la invasión nortea. Islas de paz en medio de un océano de violencias y de luchas, los monasterios surgen en sitios inhospitalarios *inter vepres et spinas*, como dicen los hagiógrafos. La cruz que los corona proclama que son mansiones de oración; la fertilidad que los rodea, que son casas de trabajo. Los habitan los monjes, la aristocracia más rancia de la moderna civilización, cuyos blasones son el arado y la pluma; porque a la luz del sol, se les ve en medio de los campos, desecando pantanos, talando bosques, desmontando breñas, roturando a Europa; mientras que a la oscilante luz de los candiles, se les contempla en sus bibliotecas, entregados a la meditación y al estudio, o en su *scriptorium*, donde convertidos en máquinas tipográficas vivientes, sólo se escucha el rasgueo de las plumas de ave sobre los pergaminos, al transmitir a las futuras edades los manuscritos que encierran en sus folios la ciencia de la antigüedad. Es cierto que, mucho antes que los católicos, existían ya en la India y en el Thibet monasterios budistas, como más tarde existieron monasterios mahometanos en el mundo islámico. Pero entre unos y otros hay fundamentales diferencias: los monasterios no cristianos sólo se han preocupado por impetrar la caridad pública, sin producir nada: son, como los llama Taine, "el misticismo que pide limosna"; mientras que los nuestros son el misticismo que trabaja, el misticismo que produce, el misticismo que civiliza y salva la cultura del naufragio de la barbarie; el misticismo que favorece la vida de los campos y funda las primeras escuelas de Artes y Oficios y las primeras granjas experimentales; el misticismo, sobre todo, que dignifica y ennoblece el trabajo manual, envilecido entre los romanos y entre los bárbaros, ese trabajo al cual se deben las conquistas más gloriosas de nuestra civilización.

Si los monasterios anuncian la aurora, las catedrales enseñan la aparición del sol de la cultura en los horizontes europeos. Son

esas catedrales de la Edad Media como espléndida floración de grano de la semilla espiritual que la fe depositara en el corazón de sus arquitectos: por eso al contemplar la de Colonia, en sublime arrebató de místico lirismo, las cantó así nuestro eximio poeta:

“Desde el arco ojival de la portada
hasta la flecha que en lo azul palpita,
cada cosa en su fábrica suscita
el ansia de emprender otra Cruzada.

Mole de encaje y de ilusión, cascada
que baja de la bóveda infinita,
surtidor que hasta Dios se precipita,
escala de Jacob, fuerza encantada.

Tiene tanto a la vez de piedra y nube:
su pesadumbre formidable sube
en la luz, con tan ágil movimiento,

que se piensa delante a su fachada
en alguna cantera evaporada
o en alguna parálisis del viento.”

Su planta tiene la figura de la cruz donde murió Jesucristo; sus bóvedas se apoyan sobre columnas, que representan el clero secular y las órdenes religiosas; en su recinto “ese libro de los que no saben leer”, como dijera Salomón Reinach, la pintura ha robado los colores a los cielos; y la escultura sus mármoles a la tierra; y el incienso sus aromas a las flores; y el órgano su voz al huracán y a la brisa, al ruisenior, lira de los bosques, y al océano, arpa del infinito pulsada por la tempestad. Al pie de sus altares se consagran los reyes y reciben su espada los guerreros, y toman su lira los trovadores; cabe sus muros se convocan los nacientes municipios, y en sus claustros da los primeros vagidos el teatro; en su mesa se distribuye, bajo las especies del Pan Eucarístico, el Verbo de Dios, que alimenta a las almas, y desde su púlpito se reparte el sustento de las inteligencias y de las voluntades, ese mismo Verbo de Dios, no ya oculto bajo las especies sacramentales, sino transportado por la palabra de los predicadores en alas del Espíritu Santo, que mueve los corazones y transforma las sociedades; hasta el punto que puede decirse que en el recinto de las catedrales todas las nuevas instituciones políticas y sociales que cambiaron la faz del universo, se ba-

ñan en el Jordán de la gracia. Por eso desde el púlpito, que es cátedra del Espíritu Santo, sólo pueden predicarse enseñanzas de caridad y de concordia, jamás diatribas de odio disolvente.

Si fueron las catedrales casas solariegas de la fe, también fueron casas solariegas de la ciencia y el arte. A su sombra se cobijaron aquellas famosas escuelas donde se enseñaba el *Trivium* (gramática, dialéctica, retórica) y el *Quadrivium* (aritmética, astronomía, geometría y música) por catedráticos vestidos con la sotana del sacerdote o con el sayal del religioso; escuelas que avivaron la actividad intelectual de los pueblos; escuelas que prepararon el glorioso y calumniado siglo XIII, el siglo de las Partidas, de la Divina Comedia y de las Sumas Teológicas; el siglo en que Rogerio Bacon, uno de esos monjes que han sido llamados oscurantistas, inventaba el método experimental al cual se deben casi todos los progresos científicos de nuestros días. De esas escuelas catedralicias proceden las universidades, fundadas por cardenales y prelados, ilustradas por la enseñanza de sacerdotes y frailes, favorecidas y protegidas por los Romanos Pontífices. Así surgieron las de Oxford, y Cambridge, y Praga, y París, y Bolonia, y Viena, y Lovaina, y Leipzig, y Salamanca, y Alcalá de Henares; como siglos más tarde habrían de surgir, fundadas por nuestros metropolitanos y regentadas por nuestros sacerdotes y nuestros religiosos, los Colegios Mayores del Rosario y San Bartolomé, las universidades Tomista y Javeriana.

Decidme, señores, si habrá derecho para negarle a la Iglesia católica ese otro elemento esencial de la civilización contemporánea que es la propagación de la cultura. Porque lo que hemos dicho de la ciencia, cabe decirlo también del arte: dígalo si no ese brillantísimo resurgimiento de la cultura, de las letras, de las ciencias y de las artes, conocido en la historia con el nombre de Renacimiento.

Desvíose al principio de su origen cristiano por la difusión de los manuscritos griegos, ya que los eruditos que huyeron de Constantinopla ante el avance de los turcos, derramaron por Europa ese gusto por la literatura clásica, fajada y envuelta en perfumes como una momia majestuosa, durante los mil años que había durado el Imperio de Bizancio. Pero pronto el movimiento renacentista fue encauzado nuevamente por los supremos jerarcas de la Iglesia, quienes haciendo de Roma página perpetua de apologética, escrita bajo su dirección y con su apoyo, por los artistas más celebrados del

mundo, ciñeron a las sienas de la Ciudad Eterna la triple corona del arte, de la ciencia y de la poesía. Fue entonces la época en que el genio, abillantado por las inspiraciones de la fe, llenaba de maravillas los gloriosos dinteles de la Edad Moderna; y con la imprenta ponía alas de eternidad al pensamiento; con la brújula, estrella polar arrancada al cielo, dominaba los mares; con la pólvora destruía los últimos baluartes del feudalismo; y con Miguel Angel echaba a los aires la grandiosa cúpula de San Pedro; y con Rafael pintaba las *estancias* del Vaticano; y con Copérnico desataba la tierra, encadenada por Ptolomeo, haciéndola girar con los demás planetas en el sistema heliocéntrico; y con Cristóbal Colón, remate y cima de grandezas tantas, derribaba las columnas de Hércules completando el globo, al arrancar a América de su lecho de espumas del océano, para que fuera nuestro continente altar perpetuo de la cruz de Cristo, vivero ubérrimo de razas, de naciones y pueblos, en cuyos labios, como pregón perpetuo de la grandeza hispana, escucharán los siglos la hermosa lengua que le habla a Dios con los acentos de los Luises y de Santa Teresa; a los grandes, como el Alcalde de Zalamea; a los tiranos, como Mariana; y a los desvalidos y menesterosos, con esos nobles e hidalgos entusiasmos que Cervantes puso en boca de don Quijote.

Hasta aquí hemos visto, señores, la influencia de la Iglesia en la cultura contemporánea.

Fácil tarea sería, si no fuera abusar de vuestra benevolencia, haceros ver los resultados de esa influencia en cada una de las diversas ramas de la ciencia, para demostrar cuán falsa e infundada es la gratuita afirmación de los filosofastros que desde el siglo XVIII hasta nuestros días se han empeñado en sostener una oposición que no ha existido nunca, que no podría existir entre la fe católica y la ciencia empollada bajo las alas maternas de nuestra Iglesia.

Para no hablar sino de la ciencia del Derecho, decidme, señores jurisperitos que me hacéis el honor de escucharme, si muchas de las que se creen conquistas de la ciencia moderna, como la investigación sumaria, la pena condicional, la corrección judicial, las medidas precautelativas, el derecho de asilo y tantas otras instituciones de nuestra ciencia jurídica contemporánea no tienen un origen tan eclesiástico, tan canónico, como la teoría de la causa en el Derecho Civil o la teoría del justo precio en la Economía Política?

Por eso, porque entre la religión católica y la ciencia no cabe oposición alguna, por eso precisamente fueron profundamente religiosos los creadores del movimiento científico moderno, como Newton, el descubridor de la gravitación universal; y Leibnitz, el del cálculo de los infinitos; y Copérnico, el autor del sistema planetario heliocéntrico; y Ampère, el inventor del solenoide; y Lapparent, el geólogo; y Branly, el fabricante de ese cohesor, gracias al cual fue posible la telegrafía inalámbrica; y Pasteur, el que instituyó las bases de la microbiología; y cien y cien sabios más de primer orden, tan profundamente creyentes, tan fieles hijos de la Iglesia, como aquel Levèrier que en la cumbre de su gloria, después de haber descubierto a Neptuno en sus cálculos matemáticos antes de que los telescopios lo descubrieran en el firmamento, al felicitarle el obispo de Coutances, diciéndole con la gentileza de un prelado francés, que su fama no sólo llegaba hasta las nubes, sino hasta los mismos astros, respondió con sencillez cristiana: "Monseñor, quiero llegar más alto; quiero llegar al Cielo y para eso me hacen falta vuestras oraciones."

*
* *

Si queréis, para terminar, ver más de cerca, en nuestra propia patria la influencia civilizadora de la Iglesia en la difusión de la democracia y de la cultura, levantad, señores, la mirada, y fijadla en los muros austeros de la sala en que nos congregamos esta noche.

¿Qué sala es esta, que con su majestuosa severidad nos impone un respeto semejante al que sentimos al penetrar al recinto sacrosanto de un templo? Es el Aula Máxima del tres veces centenario Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bien hacéis en sentirnos recogidos como en lugar sagrado, porque esta noche nos da albergue hospitalario el templo de la Patria! A la sombra de estos muros se engendró la República. En estas aulas, fundadas por un ilustre arzobispo dominico, regidas por democráticas constituciones calcadas sobre las de la Orden de Predicadores, aprendieron a amar la libertad y la justicia, la igualdad cristiana, el orden de la caridad evangélica, la virtud, las ciencias y las artes, nuestros mayores, los libertadores de la Nueva Granada, nuestros padres, los fundadores de Colombia. De aquí, adocotrados en las verdades que la Iglesia enseña por esta gloriosa pléyade de eclesiásticos cuyos retratos con-

templais en este instante, salieron Caldas y Torres, y Girardot y d' Elhuyart, y Maza y Mutis, y los Nariños y los Mosqueras y tantos otros más que amamantados a los fecundos pechos de la Iglesia con la leche vigorosa de la doctrina del Aquinate, derramaron su sangre, sacrificaron sus vidas, para crearnos una patria libre, una democracia cristiana: perdonadme el pleonasma, indispensable en estos tiempos en que hasta el valor de las palabras se ha invertido.

Dios le pague al señor Rector de esta casa la benevolencia que ha tenido para conmigo al hospedarnos esta noche. El bien sabía que el honor inmenso que me ha hecho la Academia al llamarme a su seno, sería doblemente grato para mi corazón de rosarista, para mi corazón de sacerdote, para mi corazón de colombiano, al recibirlo ante el retrato de mi inolvidable maestro monseñor Carrasquilla, en este santuario de la cultura y de la democracia donde se meció la cuna de Colombia.

He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR JORGE SOTO DEL CORRAL AL
RECIBIR A MONSEÑOR RUDESINDO LOPEZ LLERAS COMO
INDIVIDUO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
DE JURISPRUDENCIA

Ilustrísimo señor:

Me habéis honrado con extremo al designarme para dar respuesta a vuestro discurso de ingreso. Nada puede serme más grato que dar la bienvenida en esta Academia al eclesiástico eminente, docto en las más variadas disciplinas científicas, Director del Instituto de Derecho Canónico de la Universidad Nacional y patriota esclarecido que acaba de deleitarnos con su prosa tersa, elegante y exquisita.

El Ilustrísimo señor López Lleras pertenece a una estirpe que hace honor a la República. Uno de sus antepasados gobernó por cuatro años este Colegio Mayor del Rosario y fundó en la Nueva Granada un colegio de estudios secundarios en donde se educaron los que dirigieron al país en los seis lustros finales del siglo pasado. El propio don Lorenzo María Lleras dejó luminosa estela de su paso por la Cancillería de San Carlos. Aún se recuerda su célebre debate en el Senado granadino con ese ilustre prócer de las letras y de las ciencias que se llamó Pedro Fernández Madrid.

Vuestros tíos, Ilustrísimo señor, hombres de carácter recio, de sinceras y profundas convicciones, de austeridad ilímite, lucharon denodadamente y libraron batallas en favor de su causa política, pereciendo varios de ellos como bravos en el combate de la Humareda.

En la presente centuria vuestra familia, que practica el ideal de servir al municipio, al Estado, a la Iglesia, a la comunidad americana y al universo entero, ha dado de sí todo lo que posee. Uno de vuestros consaguíneos ocupó con decoro perfecto, con inteligente y firme